

La desconexión del valle de Cuna y Cenera

Los vecinos de este enclave, que recibe a numerosos turistas, denuncian la deficiente cobertura de móvil, internet y televisión

Mieres del Camino,
David MONTAÑÉS

El valle de Cuna y Cenera conforma, junto a la plaza de sidrera de Requejo y el poblado minero de Bustiello, el zócalo que sustenta el peso del atractivo turístico del concejo de Mieres. Son muchos los visitantes que, con llegada del buen tiempo, se desplazan a este rincón del concejo para visitar el santuario de Los Mártires o disfrutar de los merenderos y paisajes. “En ocasiones casi nos apetece preguntar a los turistas si tienen noticias de fuera”, apuntan con un toque socarrón los vecinos. Y es que en Cenera la cobertura de internet es muy deficiente y lo mismo sucede con la telefonía móvil. Además, la señal de televisión es tan débil que con demasiada frecuencia los televisores solo sirven para adornar las salitas.

El turístico valle de Cenera está prácticamente desconectado del mundo. Los teléfonos móviles interrumpen su funcionalidad según los visitantes se adentran en la vaguada y remontan las cotas hasta Gallegos. “Son muchos años sufriendo estas carencias. Luego las administraciones se extrañan de que se los pueblos queden deshabitados”, apunta José Álvarez, presidente de la asociación de vecinos: “A estas alturas no se puede estar en las casas sin internet.

Cuando viene alguien joven interesado en alguna propiedad lo primero que pregunta es por las comunicaciones y así no vamos a ningún sitio”.

Las carencias afectan a todo el valle, con una amplia oferta hostelera. “Muchos clientes nos dicen que, en ocasiones, no nos visitan debido a que esperan una llamada y no pueden estar todo el tiempo pendientes de si tienen cobertura”, señala Eduardo Rodríguez, del restaurante La Viña.

Las televisiones dan en Cenera, poco más o menos, el mismo servicio que los teléfonos móviles. “Cuesta creer que a estas alturas y una zona tan céntrica no podamos muchos días ni ver la tele”, señala José Álvarez. Cenera está a no más de diez minutos en coche del centro de Mieres. “Aquí hay personas mayores a las que la televisión les hace mucha compañía. En verano pueden a asomarse a la ventana a ver el paisaje, pero en invierno ya me dirán que pueden hacer”, señalan los vecinos.

El Principado anunció a finales de 2020 la licitación de las obras que permitirán la llegada del



En la imagen superior, José Álvarez muestra cómo llega la imagen de televisión a su casa. En el círculo, el pueblo de Insierto. | D. M. / LNE

ADSL a la zona rural de Mieres dentro del Plan de Extensión de la Banda Ancha (PEBA). El Ayuntamiento enmarca este proyecto en una planificación que busca, a nivel local, potenciar el atractivo del medio rural como espacio idóneo para aquellas familias que se inclinan por el teletrabajo.

Estaba previsto que, a estas alturas de 2021, unos 9.000 vecinos de la zona rural de Mieres ya tuvieran acceso a banda ancha de alta velocidad. Entre otras zonas están incluidas Turón, el valle de San Juan, el Padrún, San Tirso,

Rozados de la Peña y también Cenera: “Llevamos años escuchando que el proyecto está aprobado y que es inmediato, pero seguimos igual. No queremos que se apruebe nada, queremos que se ejecute”, indican los vecinos.

Esta zona de Mieres no es la única de los espacios rurales de las Cuencas con la misma problemática. En el concejo de Caso, en la vecina comarca del Nalón, han sido frecuentes las quejas en los últimos años de los vecinos y del Alcalde por la deficiente cobertura de teléfono móvil e internet. Y también los problemas generados por la mala recepción de la señal de televisión.

Velando el fuego

Recursos inhumanos

La reflexión que ofrece la serie televisiva sobre el actual sistema económico y la escala de valores

Javier García
Cellino



Las noticias de actualidad tienen siempre una pata fija, que en la mayoría de los casos está pegada con engrudo futbolístico o con cola política; pero, además, siempre se incorpora otro apéndice suplementario, un adosado coyuntural que proviene de las últimas novedades en circulación. Y que en estos tiempos continúa empeñado en hacerse fijo entre nosotros. Si bien, confío en que esa persistencia acabe por rendirse y se aleje hacia la tierra de nadie, un lugar en el que los virus están condenados a desaparecer por falta de abono.

La disputa por el título de Li-

ga, las elecciones madrileñas o las incongruencias de algunos políticos, comparten mantel estos días con las innumerables informaciones, más o menos veraces, que la pandemia va desgranando a diario. Todo un puzzle bastante difícil de encajar, por cierto.

Así que cuando en alguna ocasión las charlas entre conocidos o amigos discurren por otros senderos, es como si de pronto se hubiera abierto una ventana por la que se colara un aire fresco y gratificante. En uno de esos afortunados desvíos alguien se asomó a las pantallas del cine y nos hizo una recomendación. Algo así como: “si no habéis visto la miniserie titulada ‘Recursos inhumanos’, hacédlo pronto; merece mucho la pena”.

De modo que me faltó tiempo para atender ese consejo. Y a fe que mi satisfacción fue muy grande cuando terminé los seis

episodios. Ciertamente es que el arte —y el cine es una parte muy importante del mismo—, tiene muchas funciones, pero entre las que yo prefiero está la que sirve para dimensionar el mundo, para ofrecernos una topografía ajustada de

El arte, y el cine es una parte importante del mismo, sirve para dimensionar el mundo y ofrecernos una topografía ajustada de la realidad

la realidad, una manera de aprender a conocerla mejor y evitar así en lo posible tantas esquinas tramposas como tiene.

Y puesto que de trampas hablamos, la película desnuda a la perfección los engaños de un sistema capitalista que pretende, sobre todo, subvertir nuestras con-

ciencias, rellenarlas con un muestrario de falsos valores que para lo único que sirve es para despojarnos de nuestra verdadera identidad. Lo demuestra fielmente el protagonista de la cinta, un

Éric Cantona —el exfutbolista francés— soberbio en su papel y que representa el drama de alguien que lleva en paro seis años, una situación en la que bien podrían verse reflejados los cerca de casi cuatro millones de personas que conforman la lista de desempleados de este país.

Después de tanto tiempo de humillación, una prestigiosa compañía selecciona al protagonista como candidato. En su empeño por conseguir el trabajo, está dispuesto a traicionar a su mujer, robar a las propias hijas o pegar a su yerno, pensando que, si

finalmente es el elegido, será perdonado. Pero al final nada resulta ser como parecía.

Del mismo modo que la película desvela las oscuras entrañas de este sistema, también, por fortuna, ofrece una pequeña dosis de esperanza. No todo sirve con tal de conseguir los objetivos, y a veces valores como la lealtad, la fidelidad o el amor no se rinden fácilmente.

No hace falta insistir en la modernidad de la miniserie, un duro realismo social que bien podría haber sido construido en la fábrica de Ken Loach. Un alegato actual que nos invita a reflexionar. El panorama que tenemos delante de nuestros ojos es sombrío a veces, vacío en otras ocasiones y siempre desesperante. Mas queda la oportunidad de redimirnos, sobre todo si somos capaces de tejer nudos solidarios. De eso va la trama de la vida.